

golstat llegaban en su odio hasta el grado de hacer quemar un maniquí al que habían dado su nombre, y pegado un rótulo infamante destinado á justificar este auto de fe. En él se leían las siguientes palabras: *Quoniam fuit homo vaser ac subdolos diabolicarum cogitationum faber, optimus cacodoemonis auxiliator*: es tratado así, «porque fué un hombre trapacero y astuto, un inventor de diabólicos sistemas y el mejor auxiliar del peor demonio (del paganismo).» Refiere este hecho Apóstolo Zenón en las notas que él añadió á las obras de Fontanini, (tomo I, pág. 207).

Cuando el Prelado portugués Osorio, que murió en el año de 1580, impugnó á Maquiavelo en su libro de *Nobilitate Christianá*, se había visto movido á ello con el ejemplo y quizá sugerencias de Ambrosio Catherin Politi; y lo había hecho de oídas, sin haber leído á nuestro autor. Lo que lo prueba es, que él le hacía cargo de haber dicho que la religión cristiana extingue toda elevación de ánimo, toda virtud civil y militar. Ahora bien, Maquiavelo había afirmado todo lo contrario, como lo hemos mostrado antes y como cualquiera puede convencerse de ello leyendo el capítulo 2 del libro II de sus *Discursos sobre las Décadas de Tito Livio*.

Tomás Bozio, P. del oratorio de Roma, escribió también contra Maquiavelo uno ó dos años después

del P. Possevin, y como para ponerse en competencia con él. Pero la confesión que él hace en sus escritos, nos inclina á creer que no tuvo más motivo que el del jesuita de quien era competidor. Confesó que no había tomado la pluma mas que por orden de la Corte romana. Para complacer pues á ésta, publicó él en los años de 1594 y 1595 su volumen: *de antiquo et novo Italiae statu, libri IV, adversus Nicolaum Machiavellum*, en que se empeñó en refutar aquella opinión demostrada por Maquiavelo que «la Italia no hubiera experimentado los horrendos desastres á que se había visto entregada, si en ella los Papas no se hubieran vuelto soberanos temporales, ni adquirido la inmensa dominación terrena que los pontificados de Gregorio VII y Alejandro VI les habían proporcionado. Bozo se esforzó á probar que la Italia no había sido nunca más floreciente, feliz y fecunda en varones insignes, que desde que los pontífices eran soberanos poderosos en ella. Daba por prueba de esto el tiempo en que él vivía, y en el que escribía estas lisonjas con arreglo á las miras de Clemente VIII (4).

(4) Tiraboschi, en su *storia della litteratura italiana* [libro III, núm. 37], indica la otra obra de Bozio, *de Ruinis gentium*, impresa en Roma el año de 1596, y en Colonia el de 1598, como también la que fué especialmente dirigida contra Maquiavelo, aunque el título de la primera testifica

Estos son los sugetos del Clero que, en diferentes tiempos, impugnaron á Maquiavelo con escritos, en ninguno de los cuales, todo bien considerado, no hay ni aun visos de una verdadera refutación. Los seculares que se declararon por adversarios suyos, les llevan á lo menos la superioridad de haberse esforzado realmente á refutarle. Hemos mostrado ya que el protestante Gentillet aspiró á ello; pero se sabe que él era más que sospechoso en los motivos que le dictaron su Discurso contra nuestro autor. Aun confesó en la dedicatoria que le hizo al Duque de Alenzon, jefe de los sublevados, que él no le ha-

lo contrario. Pone después en el número de los escritores italianos, que le impugnaran bajo el manto de la religión, á Jerónimo Muzio, en su *Gentiluomo o sia della nobiltá*; á Juan Bottero, en su *Ragion di stato*, y él mismo le trata de un modo bastante deshonoroso. Pero desde luego Tiraboschi, en su calidad de jesuita, no podía expresarse apenas de diferente modo que sus hermanos con respecto á Maquiavelo; y añadía después, bien en balde, estos dos autores para abultar la lista de sus impugnadores. Muzio, que había movido empeños en Roma hacia el fin del año de 1549, para tener, con preferencia á cualquiera otro, el encargo de escribir las circunstancias del Concilio, á que se debió el Papa Julio III; Muzio, al que fué apasionado este Pontífice, hubiera podido escribir contra Maquiavelo, sin que Maquiavelo dejara de llevar realmente razón, y mayormente que era de un humor muy contencioso. Crescimbeni y Maffei dicen, que toda su vida buscó disputa á los demás sobre las mayores menudencias, y aun sin utilidad: *egli quisitionó fin che visse anche per minime ad infruotose cagioni* (Stor.

bía compuesto mas que para vengarse de Catalina de Médicis, porque ella aconsejaba al Rey severas providencias contra ellos, manifestando al mismo tiempo sumo aprecio á las obras de su compatriota Maquiavelo. Los calvinistas, á fin de desacreditar mejor á este protector de los tronos, vertieron la voz de que no se debía la matanza del día de San Bartolomé mas que á las máximas explanadas en sus obras; y esta voz bastaba para hacerle odioso, como lo notó el Presidente de Thou (Hist. lib. 52).

De allí á breve tiempo, fué vivamente impugnado Maquiavelo por otro protestante francés, igualmente fugitivo, y á causa también de que era el patrono

della vulgar poesia, lib. II;—*Scienza cabaleresca*, lib. II, 67). Petrarca, Guichardín, Varchi, Tolomeo, y aun el buen Flaminio, fueron maltratados también por Muzio; y los tiros que él dirigió contra Maquiavelo, eran sumamente débiles. Lo que él le echó en cara más vivamente, fué el haber hecho la profesión de las armas superior á la de las letras. En cuanto á Bottero, si él había hablado mal de Maquiavelo, no deberíamos extrañarlo, supuesto que había sido jesuita, y que había conservado en tal grado las ideas de los jesuitas, que en su muerte, acaecida el año de 1617, los hizo herederos suyos. Sin duda las máximas de la política de Bottero difieren de las de Maquiavelo, pero «no es, dice el honrado Corniani, mas que discurrendo en la quimérica hipótesis de que los hombres son tales como deberían ser. Maquiavelo, por el contrario, los había considerado tales como ellos son realmente;» y esta reflexión es indispensable para juzgar rectamente su doctrina [*Secoli della letter Italiana*, tomo VI, pág. 395].

de los reyes. Quiero hablar de aquella famosa declaración de guerra, que se les hizo en el año de 1579, con el título de *Vindicioe contra tyrannos*, y nombre pseudónimo de *Stephanus Junius Brutus Celta*. Al informarnos Bayle de que este *Junius Brutus* era aquel Huberto Languet, natural de Vitteaux en Borgoña, que habiéndose pasado á Sajonia por amor al luteranismo, contrajo allí una estrecha amistad con Melancton, confiesa que él no escribió estas *Vindicioe* mas que para saciar su odio contra Enrique III. El autor mismo confesó en su prólogo, que le había movido á componer esta obra el resentimiento que él experimentaba de ver prevalecer en Francia la autoridad del Monarca sobre la fuerza de los rebeldes.

Hemos hecho observar ya que durante los reinados de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, se respetó y aun admiró á Maquiavelo en vez de denigrarle. Unicamente en el año de 1720, y aurora de nuestro siglo de rebeliones contra la potestad de los reyes, se vió encendida de nuevo la guerra contra él. No contento Bayle, á cuyo impío sistema convenía hallar ateístas en todos los hombres célebres de las edades anteriores, con recoger, en su voluminoso diccionario, cuanto los jesuitas habían dicho calumniosamente para hacer aborrecible á Maquiavelo como un hombre irreligioso que había expirado

con las horrendas ideas del ateísmo, tuvo el descaro de confirmar esta mentira con la autoridad supuesta de un autor que decía cabalmente lo contrario. Las *Anécdotas de Florencia*, por Varillas, eran, según dicho de Bayle, el libro en que él había sabido que Maquiavelo no recibió á su muerte los sacramentos de la Iglesia, mas que por haberle precisado á ello los magistrados. Que nuestros biógrafos, copiantes de Bayle, se refieran á este fraudulento aserto, y le tengan por verídico, lo extrañamos poco, y nos compadecemos de aquellos cuya opinión ellos extrañan; pero el que, celoso de juzgar por sí mismo, abra la obra de Varillas, de la que indicamos la página 165, si es la edición hecha en La Haya por Arnould Liers en el año de 1687 que se tiene, y que Bayle no podía menos de conocer, se convencerá de esta excesiva mala fe. La relación de Varillas se halla concorde con un monumento particular, de que él no había podido tener conocimiento. Descubrióse después de aquella era en los archivos de la familia Nelli, de Florencia, el original de la carta que Pedro, hijo de Maquiavelo, después de haber asistido á sus postreros instantes, escribió á su primo Francisco Nelli, que se hallaba á la sazón en Pisa, para contarle las circunstancias del fallecimiento de su padre. En esta carta, en que reina toda la familiaridad y franqueza acostumbradas en-

tre amigos y cercanos parientes, le decía, entre otras muchas particularidades domésticas, de ningún modo discordantes con ésta, y como un hecho muy natural con que él debía contar: «Ha confesado á nuestro padre el P. Mateo, que le ha hecho compañía hasta su postrer aliento.» Esta carta se insertó por el Cañónigo Baldini, Bibliotecario mayor de la célebre Biblioteca *Laurenziana*, de Florencia, en el prólogo de su *Collectio aliquot veterum monumentorum*, Xict., impresa en Arezzo en 1732.

Como Bayle, que no pasó en silencio ninguno de los calumniosos absurdos de los jesuitas contra Maquiavelo, quería referir, sin avergonzarse, el cuento del P. Binet, concerniente á la pretensa visión de este insigne estadista, se prevaleció de la mención que Francisco Hottman había hecho de él en su epístola 99. Pero no caminó aquí Bayle de mejor buena fe que en su primera cita de Varillas; porque Hottman no habla sino con indignación de esta anécdota, mostrando que él temía verla repetida en una edición que se hacía entonces de las Obras de Maquiavelo, en Pernes cerca de Basilea.

Si se exceptúan los compiladores biógrafos á quienes Bayle sirvió de modelo, guía y oráculo con frecuencia, no se quedaban en la Francia, para impugnar á Maquiavelo, los escritores que se llamaban políticos ó filósofos, por más franceses que ellos

eran. Iban antes á ponerse en cierto modo bajo la salvaguardia de los extranjeros, y de los extranjeros á los que ellos tenían por más imbuidos en las máximas contrarias al interés de nuestros monarcas, reconociendo en ello que era por lo mismo hacer la guerra á su trono y autoridad.

Voltaire no faltó á esta precaución, cuando quiso publicar el *Examen crítico del Libro del Príncipe*, aquel *Anti-Maquiavelo* que él hizo atribuir al Rey de Prusia, Federico II, aunque sin atribuírsele él mismo con una nominal especificación. Escogió él Londres, en que había hallado ya muchos partidarios, cuando precisado anteriormente á expatriarse á causa de su espíritu de independencia y de su osada irreligión, publicó allí aquel famoso poema, en que, en versos imitados de Teodoro de Beza (*Mors Ciceronis*), deploraba tan pomposamente el trágico fin de Coligny. Fué allí donde en el año de 1740, después de haber venido á dar en París su *Bruto*, y en vísperas de hacer representar también su *Mahometo*, publicó el *Anti-Maquiavelo* de que tratamos. Esta producción, á la que dejó vislumbrar un afecto maternal en el prólogo de que la acompañó, está muy distante de merecer el título de una sólida refutación. No hace ella mas que repetir lo que las precedentes habían dicho, ni tomó mejor que ellas el *Libro del Príncipe*, en el sentido con que se

había compuesto: le difama más bien que le impugna. Voltaire, en su prólogo, procedió del mismo modo con respecto á la justificación que Amelot de la Houssaie había hecho de Maquiavelo. Desviándose siempre de la mente real de esta apología, no empleó casi contra ella mas que sofismas y sarcasmos.

El año de 1740, bajo este aspecto como bajo otros muchos, debe notarse en la historia de las calamidades que la filosofía de la libertad atrajo sobre la Francia, hacia el fin del Siglo XVIII. Comenzó á hacerse más general en ella desde entonces la pasión contra Maquiavelo, sin que ninguno se dignase ó supiese leerle. A excepción de algunas buenas almas á las que la escuela de los PP. Binet, Raynaud, Lucchesini, Rivadeneyra y Possevin, había hecho ciegamente apasionadas contra él, el mayor número se dejaba llevar de aquellos filósofos modernos que se habían constituido por maestros. Se repetía en todas partes con arreglo á ellos, que Maquiavelo es el preceptor y modelo de todos los vicios reunidos; aun su nombre llegó á ser de oídas el tipo de la horrenda combinación de los mayores delitos; y con un tan pérfido error se dejó llevar la Francia hacia aquella horrenda revolución, en que los calumniadores de Maquiavelo se reconocieron á

sí mismos, en sus acciones, por los inventores de la atroz combinación que le habían imputado ellos tan hábilmente.

Hemos demostrado cuánto les importaba apartar de las miradas de todos un libro, en que se hallaban indicados los preservativos contra los males que sus sistemas de independencia y rebelión nos preparaban.

Subsiste todavía el error, porque hubiera sido necesario, para hacer estos cotejos, poder leer al texto mismo de Maquiavelo, en que solamente se puede juzgarle bien, y cuya perfecta inteligencia no está al alcance mas que de un cortísimo número de franceses.

Ningún autor de nuestros días emprendió desvanecer esta ilusión anti-monárquica, y aun quizá hay muchos que se empeñaron en hacerla más fuerte todavía.

Aquí, el aviso *Attendite á falsis prophetis qui veniunt ad vos in vestimentis ovium*, suministra una segura regla para apreciar su sinceridad é intenciones.

Echando á un lado á los detractores que no son mas que materiales ecos, y á los serviles compiladores de quienes todo hombre juicioso se desconfía naturalmente, no temo decir: Si entre los escritores hay algunos hacia cuya ciencia su reputación inclina vuestra confianza, ved sus obras en aquellos cala-

mitosos tiempos que acabamos de pasar: *A fructibus eorum cognoscetis eos*. Reconocereis infaliblemente que ellos fueron acalorados partidarios y celosos apóstoles de aquella calamitosa revolución, con que fué destruido el trono cuya restauración bendicimos hoy día, y cuya seguridad pedimos.

FIN DEL APÉNDICE

MAQUIAVELO COMENTADO POR NAPOLEON I

+++++

Manuscrito de Napoleón

Nocturná versate manu, versate diurná.

EL PRINCIPE

POR NICOLAS MAQUIAVELO,

Secretario y ciudadano de Florencia (a)

NICOLAS MAQUIAVELO

Al magnífico LORENZO, hijo de Pedro de Médicis (b)

LOS que quieren lograr la gracia de un Príncipe, tienen la costumbre de presentarle las cosas que se reputan como que le son más agradables, ó en cuya posesión se sabe que él se complace

(a) La presente traducción se ha cotejado con el manuscrito original que está en la Biblioteca *Medici-Laurenziana* de Florencia.

(b) Sobrino del Papa León X, y padre de Catalina de Médicis, que se casó, en el año de 1533, con el Delfín de Francia, hecho Rey en el de 1547 con el título de Enrique II.

[Notas del Editor].